

IAN  
KERSHAW

---

DESCENSO  
A LOS  
INFIERNOS

---

EUROPA  
1914-1949

IAN KERSHAW

DESCENSO  
A LOS INFIERNOS

Europa, 1914-1949

Traducción de  
Juan Rabasseda y  
Teófilo de Lozoya

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 2016  
Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2021

*Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*  
Ian Kershaw

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *To hell and back*  
Edición original en inglés publicada por Penguin Books Ltd, Londres.

© Ian Kershaw, 2015

© de la traducción, Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-302-5  
Depósito legal: B. 3.700-2021  
2021. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

---

## Al borde del abismo

¡Nos tomamos el pacifismo muy en serio! Pero tenemos que conseguir la aprobación del presupuesto de nuestra artillería.

*El general Stumm en Robert Musil,  
El hombre sin atributos (1930-1942)*

Incluso por aquel entonces había premoniciones de que la entrada en la guerra habría supuesto poner fin a una era. Más conocida es la idea de presentimiento expresada por el secretario del Foreign Office británico, sir Edward Grey, el 3 de agosto de 1914: «Las lámparas están apagándose en toda Europa. No volveremos a verlas encendidas en lo que nos queda de vida». El canciller del Reich alemán, Theobald von Bethmann Hollweg, hizo una referencia similar al desastre: «Veo un destino funesto cernirse sobre Europa y sobre nuestro pueblo», exclamó cuando la perspectiva de la guerra parecía cada vez más cercana hacia finales de julio de 1914. Tres años antes, en un discurso en el Reichstag o parlamento alemán, el socialista August Bebel había afirmado, frente a las acaloradas objeciones y refutaciones de los diputados, que el peligro de una próxima guerra europea era cada vez mayor, y que un conflicto semejante habría traído la catástrofe a todo el continente: «La *Götterdämmerung* del mundo burgués se acerca»,

afirmó. La guerra no condujo, como insinuó Bebel, al colapso del capitalismo y al triunfo del socialismo. Pero Bebel hizo gala de su clarividencia al pronosticar que la contienda daría paso a una nueva era. El diplomático americano George Kennan describiría luego la guerra como «la gran catástrofe seminal». Tenía razón. Fue efectivamente una catástrofe. E inauguró una nueva época —la «Guerra de los Treinta Años» del siglo xx—, en la que el continente europeo estuvo a punto de autodestruirse.

### ¿Una edad de oro?

La imagen de una era deslumbrante de estabilidad, prosperidad y paz, trágicamente barrida por los peligros aún por venir, fue la que perduró en la memoria, especialmente en la de las gentes de la clase privilegiada, después de la primera guerra mundial. «La edad chapada en oro» es el calificativo que dieron los americanos a los años inmediatamente anteriores a la guerra. Pero esta expresión captaba también la forma en que los europeos empezaron a ver esta época. La burguesía parisina recordaba «la belle époque» como el momento en el que la cultura francesa era la envidia del mundo, cuando París parecía el centro de la civilización. Las clases adineradas de Berlín volvían sus ojos a la «época guillermina» como si hubiera sido un período de opulencia, seguridad, y grandeza, marcado por la consecución de la categoría nacional que correspondía a la Alemania recién unida. También Viena parecía haber alcanzado el culmen de su gloria cultural, de su brillantez intelectual y de su histórica grandeza imperialista. Múnich, Praga, Budapest, San Petersburgo, Moscú y otras ciudades a lo largo y ancho del continente participaron de un mismo florecimiento de la cultura. Nuevas formas de expresión artística, desafiantes y provocativas, se adueñaron prácticamente de todas las formas del arte, la literatura, la música y el teatro en una explosión de audacia y creatividad.

En Londres, la economía era más importante que la cultura. En la capital de un imperio global, la generación posterior a la primera guerra mundial añoraría una «edad de oro» pretérita de crecimiento

económico continuo, comercio floreciente y monedas estables. Como es bien sabido, el gran economista británico John Maynard Keynes escribió después de la guerra acerca del «habitante de Londres» que podía encargar «por teléfono, mientras tomaba su té del desayuno en la cama, los distintos productos del mundo entero, en la cantidad que le pareciera conveniente, con la esperanza razonable de que se los entregaran de inmediato a la puerta de casa». Naturalmente era una perspectiva sumamente privilegiada, la de un hombre de clase y rango medio alto de la ciudad que era el centro del comercio mundial. Pocas personas de los *shtetls* de la Europa del este, de las zonas rurales empobrecidas del sur de Italia, de España, Grecia o Serbia, o de las masas urbanas hacinadas en los suburbios de Berlín, Viena, París, San Petersburgo o incluso Londres, habrían reconocido una existencia idílica como ésa. Sin embargo, esa imagen de «edad de oro» no era sólo una elucubración de posguerra.

Pese a las divisiones internas y las rivalidades nacionalistas de Europa, todos los países participaban del movimiento sin trabas de mercancías y capitales que conformaba una economía capitalista internacional interrelacionada a escala global. La estabilidad que permitía el propio desarrollo económico se basaba en el reconocimiento del patrón oro como una especie de divisa mundial, enraizada en el predominio de la City de Londres. En ella el Banco de Inglaterra tenía la llave de la estabilidad de la economía del mundo. Las ganancias invisibles procedentes de la navegación, los seguros, los intereses y las exportaciones, superaban con mucho los excedentes de las importaciones británicas. Había habido un gran incremento del suministro de oro en 1897-1898, procedente sobre todo de Sudáfrica. Pero el Banco de Inglaterra no acumuló unas reservas excesivas de oro, lo que habría perjudicado a otros países, ni las disminuyó. Las economías de Estados Unidos y de Alemania eran más dinámicas y crecían más deprisa que la de Gran Bretaña. El dominio de la economía mundial por los americanos en un determinado momento del futuro parecía probable, pero Gran Bretaña seguía acaparando la porción más grande del comercio global (aunque fuera disminuyendo) y era con mucho el mayor exportador de capitales de inversión. La rivalidad por la explotación económica del globo entre las grandes potencias estaba

provocando indudablemente cada vez más tensión en la estabilidad de la economía capitalista internacional. Hasta 1914, sin embargo, el sistema que tan beneficioso había resultado para Europa, particularmente para sus regiones industrializadas, durante las décadas anteriores, seguía intacto. La confianza en la continuación de la estabilidad, la prosperidad y el crecimiento era generalizada.

Cuando se inauguró la Exposición Universal de París en 1900, se pensó que iba a exhibir una civilización floreciente, cuyo corazón era Europa, y que habría supuesto un sonoro canto de alabanza al progreso. Se pretendía poner a la vista de todo el mundo una época de nuevas tecnologías. Las gigantescas máquinas impresionaron a la gente por su potencia y su velocidad. El esplendor del «Palacio de la Electricidad», iluminado por 5.000 bombillas, literalmente deslumbró a los visitantes. Veinticuatro naciones europeas, junto con numerosos países africanos, asiáticos y latinoamericanos, además de Estados Unidos, hicieron alarde de sus elaborados pabellones, que fueron visitados, a lo largo de los seis meses siguientes, a menudo en medio de una admiración reverencial, por cerca de cincuenta millones de personas. La Europa del este, y sobre todo Rusia con sus nueve pabellones, gozó de una destacada presencia. Y la «misión civilizadora» de Europa desempeñó un papel destacadísimo. Con el imperialismo en su punto culminante, las representaciones fastuosamente exóticas de las remotas posesiones coloniales transmitían una impresión apabullante del predominio europeo en el mundo. El comercio, la prosperidad y la paz parecían garantizar la continuación ilimitada de ese predominio. Daba la sensación de que el futuro iba a ser espléndido.

El optimismo parecía justificado. Comparado con lo que había habido antes, por no hablar de lo que estaba por venir, el siglo XIX había sido pacífico. En Europa no había habido ninguna guerra general de proporciones continentales desde que el reinado de Napoleón acabara en 1815. La guerra en la lejana Crimea de 1853-1856, como las breves contiendas que habían culminado con la unificación de Alemania e Italia en 1871, no había amenazado la paz general del continente. Diez años después de la gran exposición de París un escritor inglés, Norman Angell, publicó un libro destinado a convertir-

se en un *best seller* internacional, *La gran ilusión*, en el que llegaba a decir que la riqueza moderna proveniente del comercio y de una economía interrelacionada a escala global hacía de la guerra algo inútil. Muchos se mostraron de acuerdo con su idea, y no sólo en Gran Bretaña. Costaba trabajo imaginar que la prosperidad, la paz y la estabilidad no continuaran en un futuro indefinido, o que pudieran ser borradas del mapa tan pronto y con tanta rapidez.

Había, sin embargo, otra cara menos agradable de Europa. El tejido social del continente estaba cambiando muy deprisa, aunque de forma muy desigual. Regiones que habían experimentado una industrialización intensa y rápida coexistían con grandes extensiones que seguían teniendo un carácter eminentemente agrícola, a menudo casi primitivo. En 1913 alrededor de cuatro quintas partes de la población trabajadora de Serbia, Bulgaria y Rumanía todavía se ganaban la vida en el campo. En Europa en general esa proporción era de más de dos quintas partes. Sólo en Gran Bretaña era de poco más de una décima parte. Y en 1913 sólo en Gran Bretaña, Bélgica y, caso sumamente sorprendente, en Suiza —todavía no en Alemania— había más de dos quintas partes de la población trabajadora empleada en la industria. La mayoría de los europeos seguía viviendo en pueblos o pequeñas ciudades. Los niveles de vida continuaban mejorando, aunque seguían siendo miserables para una gran parte de los europeos, tanto si se habían confundido con la torrencial masa de gente que buscaba trabajo en las condiciones insalubres de ciudades en rápida expansión del estilo de Berlín, Viena o San Petersburgo, como si seguían ganándose la vida a duras penas y de manera precaria en el campo. Eran muchos los que en las elecciones se decantaban por la abstención o votaban a la izquierda. La pobreza y la falta de oportunidades obligaban a gran número de gente a abandonar su tierra natal. Lejos de ver los beneficios de la prosperidad y la civilización, millones de europeos sencillamente no podían seguir esperando y escapaban. La emigración a los Estados Unidos de América llegó a su punto culminante en 1907, cuando más de un millón de europeos cruzó el Atlántico. Ese fortísimo aumento de la emigración de los primeros años del siglo —que se triplicó respecto a la década anterior— se debió al elevado número de personas que intentaban escapar



de la miseria del Imperio Austrohúngaro, de Rusia, y, sobre todo, de las regiones empobrecidas del sur de Italia.

La rapidez de cambio social dio lugar a nuevas presiones políticas, que habían empezado ya a amenazar el orden político establecido. En Europa el poder político continuó en manos de la minoría durante los años inmediatamente anteriores al estallido de la primera guerra mundial. Las elites terratenientes y las viejas familias aristocráticas, a veces emparentadas con las nuevas dinastías cuyas inmensas fortunas procedían de la industria y del capital financiero, seguían formando la clase dirigente y los mandos militares en la mayor parte de los países. Además Europa era todavía un continente de monarquías hereditarias. Sólo Suiza (cuya vieja confederación había adoptado una constitución republicana federal moderna en 1848), Francia (desde 1870) y Portugal (desde 1910) eran repúblicas. En Austria-Hungría, el káiser Francisco José, que llevaba en el trono desde 1848 y reinaba sobre más de 50 millones de súbditos al frente del vastísimo Imperio multinacional de los Habsburgo, parecía simbolizar la perdurabilidad del régimen monárquico.

No obstante prácticamente en todas partes había un marco de gobierno constitucional, pluralidad de partidos políticos (aunque el derecho de sufragio estaba enormemente restringido), y un sistema legal. Incluso la autocracia rusa se había visto obligada a hacer concesiones a raíz del intento de revolución llevado a cabo en 1905, cuando el zar Nicolás II fue forzado a conceder poderes al parlamento, la Duma (que en la práctica se reveló extremadamente débil). Pero grandes sectores de la población, incluso en Gran Bretaña (considerada la cuna de la democracia parlamentaria), seguían sin tener representación política. Algunos países tenían sistemas de sufragio universal de los varones establecidos desde antiguo. En Alemania, por ejemplo, la constitución del Reich de 1871 concedía a todos los varones mayores de veinticinco años el derecho a votar en las elecciones al Reichstag (aunque siguiera vigente un derecho de sufragio sumamente restringido, que continuaba otorgando el predominio a los terratenientes, para las elecciones al parlamento de Prusia, zona de Alemania que comprendía dos terceras partes de la totalidad del territorio del Reich). En Italia, el cambio al sufragio (casi) universal de

los varones se produjo mucho más tarde, en 1912. Pero al comenzar el siglo xx las mujeres no estaban autorizadas a votar en las elecciones parlamentarias en ningún país de Europa. Las campañas feministas desafiaron esta discriminación en numerosos países, aunque antes de la primera guerra mundial tuvieron muy poco éxito fuera de Finlandia (donde, pese a formar parte del Imperio Ruso, fue posible introducir cierto nivel de cambio democrático tras la frustrada revolución rusa de 1905) y de Noruega.

El cambio fundamental, que las elites de todos los países vieron como una amenaza para su poder, había venido de la mano de la aparición de los partidos políticos y los sindicatos de la clase obrera. La «Segunda Internacional» de los partidos socialistas europeos había sido instituida en 1889 como organización-paraguas con el fin de coordinar las exigencias programáticas de los partidos nacionales. La mayoría de esos partidos seguían ligados de una forma u otra a la doctrina revolucionaria expuesta por Karl Marx y Friedrich Engels. Su ataque al carácter intrínsecamente explotador del capitalismo y su propaganda de una nueva sociedad basada en la igualdad y la distribución justa de la riqueza, tenían un atractivo evidente y cada vez mayor para muchos integrantes de la clase trabajadora, pobre y necesitada, de la industria. Los intentos por parte de las elites dirigentes de proscribir o suprimir los partidos obreros y los sindicatos, cada vez más numerosos, habían fracasado. Los trabajadores habían empezado a organizar la defensa de sus intereses mejor que nunca. Así lo reflejaba la rápida expansión de los sindicatos. En 1914 las organizaciones sindicales tenían en Gran Bretaña más de cuatro millones de afiliados, en Alemania más de dos millones y medio, y en Francia cerca de un millón.

En la mayoría de los países europeos, a comienzos de siglo los partidos socialistas y otros movimientos de diverso tipo habían conseguido hacerse oír y habían ido ganando cada vez más apoyo. Los socialistas franceses dejaron a un lado sus divisiones y se unieron en 1905, declarando que eran «no un partido de reforma, sino un partido de lucha de clases y de revolución». Poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* había conseguido el 17% del voto popular y había

obtenido 103 escaños en la Cámara de los Diputados del parlamento francés. En Alemania, los intentos de Bismarck de suprimir la socialdemocracia habían fracasado estrepitosamente. Desde 1890, con un programa marxista, el Partido Socialdemócrata de Alemania (el SPD) se había convertido en el movimiento socialista más numeroso de Europa, contando con más de un millón de afiliados antes del estallido de la guerra. En las elecciones al Reichstag (el parlamento alemán) de 1912, los socialdemócratas obtuvieron más apoyos que cualquier otro partido, consiguiendo casi un tercio de los escaños y haciendo que las clases dirigentes de Alemania sintieran un escalofrío recorrerles la espina dorsal.

En las zonas menos avanzadas económicamente de Europa, el socialismo organizado, independientemente de la retórica, frenó la combatividad directa y la canalizó hacia la acción parlamentaria no revolucionaria. En Francia Jean Jaurès consiguió un seguimiento importantísimo defendiendo, a pesar de la retórica del partido socialista, no la revolución, sino una senda parlamentaria hacia el socialismo. El partido socialdemócrata alemán, aunque ligado retóricamente a su doctrina marxista, intentó en la práctica obtener el poder a través de las urnas. En Gran Bretaña, el partido laborista (que adoptó ese nombre en 1906) había surgido a partir de los sindicatos y reflejaba los intereses pragmáticos de éstos más que cualquier tipo de utopismo revolucionario. El mensaje marxista fue pasado por alto y se favoreció otro no revolucionario que aseguraba que no era necesario derrocar el capitalismo, pues podía ser reformado, en definitiva, en beneficio de la clase trabajadora. El poder del estado, se presumía, podía ser transformado por medios pacíficos para que representara los intereses de la clase obrera. Los trabajadores de gran parte de la Europa occidental, septentrional y central eran pobres, pero estaban menos manifiestamente empobrecidos y eran menos combativos que en épocas anteriores. Tenían algo más que perder, aparte de sus cadenas. Y en su mayoría dieron su aquiescencia a sus líderes reformistas.

En otras zonas menos desarrolladas del continente, la situación era distinta. La confrontación con el poder del estado era más dura. Había poca o nula difusión del poder a través de organizaciones intermedias o estructuras sociales que dieran a los ciudadanos la sensa-

ción de tener algo que ganar en su estado. El poder era en gran medida despótico y estaba jerarquizado de arriba abajo, basado sobre todo en la coacción, con una casta dirigente fuertemente arraigada, un funcionariado corrupto, y unas instituciones representativas débiles o inexistentes. Los conceptos de un progreso aparentemente ilimitado de la civilización basado en la autoridad benigna del estado y el respeto de la ley, que posteriormente formarían parte de la idea de «edad de oro» perdida de la clase media de la Europa central, septentrional y occidental, parecían extraños desde la perspectiva de la periferia del sur y el este del continente. Huelgas, motines e insurrecciones localizados en contra del poder del estado y del «régimen burgués» se sucedieron en Cataluña y en el País Vasco durante los primeros años del siglo xx. El anarquismo, que a menudo comportaba actos esporádicos de violencia contra el estado, consiguió mucho apoyo entre los trabajadores sin tierra de Andalucía. En el sur de Italia, donde los terratenientes tenían en el bolsillo a los funcionarios estatales corruptos, los disturbios rurales violentos eran endémicos. Las partidas de bandoleros que rondaban por los campos combinaban el delito con la protesta popular defendiendo a los campesinos y los trabajadores sin tierras frente al poder del estado y los grandes terratenientes. La alarma entre los líderes europeos por la amenaza que veían en la clase obrera revolucionaria se agudizó especialmente durante una gran oleada de huelgas y turbulencias en 1905. En Rusia, el estado, obligado a hacer frente a una revolución que a punto estuvo de derrocar al zar, decidió emplear la mano dura convirtiendo la represión en auténtica violencia contrarrevolucionaria ese mismo año, cuando los soldados mataron a doscientos obreros e hirieron a varios centenares más en San Petersburgo. La revolución fue sofocada. Se hicieron concesiones, más cosméticas que transformacionales, a la representación parlamentaria, pero el poder siguió en manos del zar y de los ministros que él mismo nombraba. Para los que no tenían poder alguno, especialmente para los dirigentes del movimiento socialista, independientemente de cuáles fueran sus diferencias doctrinales, la cosa estaba clara. La autocracia zarista no podía ser reformada. Tenía que ser derribada. Consecuencia de todo ello fue la intensificación del radicalismo más absoluto del socialismo ruso.

No sólo como reacción a lo que se percibía como una amenaza de los movimientos de izquierdas, sino también para ayudar a los gobiernos con poco o nulo respaldo de las masas a ampliar la base de su apoyo, surgieron contra-movimientos de carácter populista. A menudo fueron patrocinados directa o indirectamente por industriales y terratenientes deseosos de desviar a una oposición potencial basada en criterios de clase hacia canales más fáciles de controlar. Intentaron «nacionalizar» a las masas, inspirar en ellas sentimientos de reafirmación nacionalista, imperialista y racista con la intención de favorecer el *statu quo* político. Y en cierta medida lo consiguieron. El nacionalismo beligerante, el antisemitismo virulento y otras modalidades de racismo se hicieron habituales fuera de la minoría que se veía atraída por las doctrinas del socialismo internacional. La difusión de la educación básica, el aumento de la alfabetización y el bajo coste de los periódicos populares ofrecieron la posibilidad de extender esa influencia. La política de masas se abrió a nuevas formas de movilización tanto por la derecha como por la izquierda. Algunas viejas seguridades empezaron a desmoronarse. La clase dirigente política de las antiguas elites conservadoras y liberales empezó a sentir una nueva inseguridad.

Esa movilización de las masas podía plantear una amenaza seria al orden político y social existente, lo que condujo al psicólogo francés Gustave Le Bon a publicar en 1895 un estudio del comportamiento de las masas titulado *Psicología de las masas* (en la versión original francesa *La psychologie des foules*). Su teoría de que la racionalidad desaparece cuando el individuo se ve sometido a los impulsos irracionales y emocionales de la multitud fue muy influyente desde que comenzó el nuevo siglo (conoció cuarenta y cinco reimpresiones y se hicieron diecisiete traducciones del libro, que posteriormente se convertiría en lectura obligatoria para los aspirantes a dictadores fascistas). Por toda Europa, los impulsos emocionales que Le Bon consideraba característicos de las masas pudieron ser espoleados facilísimamente mediante los llamamientos al nacionalismo. Las elites dirigentes de Europa no vieron en el nacionalismo algo tan peligroso como el socialismo. Antes de la guerra los peligros que comportaba el fervor nacionalista fueron en realidad susceptibles de ser

contenidos. No obstante, constituyeron la raíz de unas fuerzas que acabarían minando y en último término destruyendo el orden establecido.

La polarización política y la tensión reinante en materia de asuntos exteriores o la implicación en conflictos externos configuraron niveles relativos de retórica nacionalista altisonante. En España los intentos de construir la unidad del país en torno a las ideas de «regeneración nacional» fracasaron como consecuencia de la desastrosa derrota a manos de Estados Unidos y de la consiguiente pérdida de las colonias en 1898 en el curso de la que en un principio empezó siendo una guerra popular. Todos esos intentos en cualquier caso estaban condenados al fracaso debido a la profunda división interna, regional e ideológica que sufría el país. Pero el afán combativo por forjar una nación renacida a través de la lucha contra los enemigos internos acabaría por conducir a un conflicto catastrófico.

En la mayor parte de los países la imaginaria de los enemigos, internos y externos, se incorporó a una retórica que empezó a alcanzar nuevas cotas de agresividad. Los medios de comunicación azuzaban unas animosidades —por lo general intensamente xenófobas y a menudo abiertamente racistas— que los gobiernos estaban encantados de fomentar. La guerra de Sudáfrica de 1899-1902 dio en Gran Bretaña nuevos alientos a la beligerancia nacionalista extrema, calificada de «jingoísmo». En Alemania el gobierno conservador azuzó el fervor nacionalista en las llamadas «elecciones de los hotentotes» de 1907 con el fin de empañar la fama de sus adversarios socialdemócratas por su supuesta falta de patriotismo. (El hecho de que los socialdemócratas aumentaran en realidad el número de sus votantes —aunque perdieran una considerable cantidad de escaños— indica que, como en Gran Bretaña, el jingoísmo era mucho más habitual entre la clase media que entre los trabajadores.)

Organizaciones como el *Alldeutscher Verband* o Liga Pangermánica, el *Flottenverein* o Unión de la Flota, y la Liga de Defensa de Alemania —todas ellas con seguimiento sobre todo entre la clase media y la clase media baja— propugnaban una política exterior radicalmente enérgica y expansionista. Antes de 1914, seguían siendo meros grupos de presión significativos, eso sí, pero en cualquier caso al

margen de la corriente política general y, por supuesto, del gobierno. Aun así, las ideas nacionalistas enérgicas habían calado por entonces prácticamente en todo el conjunto de la política, excepto en la izquierda de tendencia socialista. En Italia el constante sentimiento de humillación nacional como consecuencia de la calamitosa derrota de las fuerzas coloniales del país (con la pérdida de más de 5.000 soldados italianos) a manos del ejército abisinio en Adua en 1896, y la sensación de que el país era una «nación proletaria» sin sitio en la cabecera de la mesa de las grandes potencias imperialistas de Europa, agudizaron unos sentimientos nacionalistas rayanos en el fervor religioso, que hacían hincapié en la lucha y el sacrificio, y propugnaban un estado antisocialista fuerte, el poderío militar y una política exterior más enérgica. Por mucho ruido que hicieran, los nacionalistas italianos estaban muy lejos de representar la opinión mayoritaria en una sociedad profundamente dividida, y en buena medida seguían constituyendo un importante quebradero de cabeza para el gobierno. Aun así, la presión nacionalista tuvo también su papel en la decisión del gobierno liberal de hacerse con una colonia mediante la invasión de Libia en 1911, lanzando la primera guerra durante la cual los bombardeos aéreos tuvieron un papel, cuando los italianos bombardearon desde un dirigible a las tropas otomanas en retirada. En Italia, como en Alemania, el nacionalismo radical seguía siendo una opción minoritaria. De no haber existido la Gran Guerra quizá hubiera seguido siendo así. Pero ya había sido echada la semilla de un posterior desarrollo pernicioso.

El nacionalismo definía cada vez más a menudo «la nación» no por el territorio, sino por la etnicidad, esto es por aquellos a los se permitía pertenecer a ella. Un nacionalista francés, Edmond Archdeacon, por ejemplo, en las elecciones de 1902 proclamó que era un «adversario declarado del internacionalismo. Como antisemita, exijo que los 150.000 judíos y sus lacayos, los 25.000 francmasones, dejen de oprimir y arruinar a los 38 millones de franceses». Representaba, según él mismo decía, a «la verdadera república, la República Francesa». De hecho, en Francia, como en otros países de Europa, el nacionalismo en cuanto movimiento político se hallaba desgarrado por las divisiones internas y era incapaz de hacerse con el poder del estado,

pero a pesar de todo consiguió que los gobiernos fueran más estridentes en sus declaraciones en materia de política exterior. Y aunque la política nacionalista quedó confinada a la marginalidad en Francia, el meollo de sus ideas —una nación definida por la exclusión de todos aquellos considerados indignos de pertenecer a ella, y muy concretamente los judíos— siguió formando parte indiscutible de una cultura francesa dividida. Argumentos similares operaban en la mayor parte de Europa.

El antisemitismo era un término nuevo para designar un fenómeno ya viejo, extendido por todo el continente: el odio a los judíos. El tradicional antagonismo cristiano hacia «los asesinos de Cristo», que llevaba existiendo desde hacía muchos siglos, seguía vigente y fue fomentado por el clero cristiano tanto protestante, como católico y ortodoxo. Otro elemento profundamente arraigado de ese odio provenía de los viejos resentimientos económicos y sociales, que se habían visto reforzados cuando los judíos se aprovecharon de la libertad que se les había concedido recientemente de extender su participación en los negocios y en la vida cultural. No tardó en hallar una forma de expresión en la transformación de los judíos en víctimas propiciatorias de cualquier revés económico. Durante las últimas décadas del siglo XIX, a las viejas modalidades de odio a los judíos, a menudo violentas, se había sumado algo mucho peor. Vinieron a sumárseles nuevas doctrinas raciales, potencialmente mortíferas, que ofrecían una justificación pseudocientífica y biológica del odio y la persecución. La antigua discriminación, bastante mala ya de por sí, desde luego, había permitido que los judíos se convirtieran al cristianismo (a veces incluso se les había obligado a hacerlo). El antisemitismo biológico excluía semejante cosa. Los judíos, según esta ideología, eran científicamente distintos desde el punto de vista racial, «por su sangre». Un judío no podía ser ya francés o alemán, del mismo modo, por ejemplo, que un gato no podía convertirse en perro. Era una doctrina que hablaba no sólo de discriminación, sino de exclusión total. Además, potencialmente abría el camino a la destrucción física.

La retórica antisemita era espeluznante. Los antisemitas alemanes utilizaron el lenguaje de la bacteriología para describir a los judíos. El alcalde de Viena, el popular y admirado Karl Lueger, había



llamado a los judíos «depredadores con forma humana», y anteriormente había dicho que «el problema judío» se resolvería si fuera posible meter a todos los hebreos en un gran barco y hundirlo en alta mar. Independientemente de la retórica, parece que el antisemitismo como política había entrado en decadencia, al menos en la Europa occidental, durante la «edad de oro» que precedió a la primera guerra mundial. Esta percepción era en parte engañosa, pues el antisemitismo se integró a menudo en la corriente general del conservadurismo. La difusión de la imaginería negativa no cesó. Pero antes de la guerra, su impacto fue limitado desde el punto de vista político. A pesar del antisemitismo relegado a los márgenes de la política, los judíos pudieron sentirse en su mayoría tranquilos en la Alemania guillermina. El ambiente en Francia, que recientemente había conocido el vergonzoso Caso Dreyfus (cuando la condena injusta de un oficial del ejército judío acusado de alta traición desencadenó una feroz oleada de antisemitismo), parecía más amenazador para los hebreos. Pero también allí mejoró la situación durante los primeros años del nuevo siglo. Mucho peor era la situación de los judíos en la Europa del este. Pogromos brutales, que dejaban tras de sí millares de judíos muertos y heridos, a menudo instigados por la policía y la administración zarista, habían empañado la fama de muchas zonas del oeste de Rusia entre 1903 y 1906. Polonia, Ucrania, Hungría, Rumanía y los países bálticos eran otras zonas en las que era endémico el odio visceral a los judíos. No fue una casualidad que precisamente esas zonas se convirtieran posteriormente y en circunstancias muy diferentes en los principales mataderos de Europa.

La cara oscura de la «edad de oro» de la civilización y el progreso de Europa se puso de manifiesto en forma embrionaria en otra corriente de pensamiento: la «eugenesia», y su pariente cercano el «darwinismo social». Sus orígenes se encuentran en la labor llevada a cabo en Londres por sir Francis Galton, que utilizó las teorías evolucionistas de su tío Charles Darwin para sostener que el talento era hereditario y que la raza humana podía ser mejorada por medio de la ingeniería genética. Ya antes de la primera guerra mundial la eugenesia había llamado la atención en otros lugares de Europa, incluidos los países escandinavos, Suiza y Alemania, así como Estados Unidos.

Era considerada una ciencia «progresista». Entre sus partidarios en Gran Bretaña estaban, por ejemplo, destacados pensadores asociados con la clase dirigente liberal o con la incipiente izquierda política tales como John Maynard Keynes, lord Beveridge, H. G. Wells, Sidney Webb o George Bernard Shaw. En una carta privada escrita en 1908, más de treinta años antes de la Aktion T4 o «programa de eutanasia», el aclamado novelista inglés D. H. Lawrence contemplaba ya con buenos ojos la construcción de un una gran «cámara mortífera» a la que serían conducidos amablemente, con un suave acompañamiento musical, «todos los enfermos, los tullidos y los lisiados».

La eugenesia parecía ofrecer el potencial necesario para «erradicar» de la sociedad los rasgos que producían la criminalidad, el alcoholismo, la prostitución y otras formas de «conductas» desviadas. Acabó fundiéndose con la ideología imperialista clásica del «darwinismo social», basada en el presupuesto de que ciertos tipos raciales eran intrínsecamente superiores a otros. El propio Galton escribió en 1908 que el primer objetivo de la eugenesia era limitar el índice de natalidad de «los no aptos». La eliminación de los «enfermizos» se suponía que con el tiempo produciría una sociedad más capacitada, más sana y «mejor». Los temores a la degeneración racial a través de unas medidas de asistencia social que fomentaban la procreación entre los sectores «inferiores» de la sociedad desembocaron en nociones de eficiencia nacional.

Una revista alemana realizó en 1911 un concurso en torno a la siguiente pregunta: «¿Cuánto cuestan los elementos inferiores al estado y a la sociedad?». Lo ganó un empleado del Asilo General de Pobres de Hamburgo (que incluyó en su respuesta casi todos los gastos sociales). La esterilización de los «inferiores» fue una idea que empezó a ganar adeptos en los círculos médicos. En Alemania, un médico, Alfred Ploetz, que vinculó la eugenesia con la «higiene racial», fundó una «Sociedad Alemana de Higiene Racial», que en 1914 tenía apenas 350 miembros y cuatro sucursales en diversas ciudades del país. Ese mismo año la Sociedad especificó su exigencia de regulación de los procedimientos «cuando el aborto o la esterilización se consideren deseables desde el punto de vista médico». Sólo unas semanas antes del estallido de la guerra, el gobierno del Reich preparó

un proyecto de ley que rechazaba los motivos sociales o eugenésicos para la esterilización o el aborto, permitiendo su realización sólo si existía «un peligro inmediato para la vida o la integridad física del individuo». Antes de que el borrador pudiera convertirse en ley, Alemania estaba en guerra. Al igual que el antisemitismo, la eugenesia —por no hablar de su variante de higiene racial— quizá no hubiera alcanzado nunca la importancia que llegaría a adquirir en un ambiente alterado de modo tan drástico. Aun así, los fundamentos intelectuales de los desarrollos posteriores fueron puestos en la «edad de oro» de la civilización de Europa.

Europa antes de la primera guerra mundial, pese a su apacibilidad aparente, llevaba en su seno la semilla de la explosión de violencia posterior. Las enemistades y los odios —nacionalistas, religiosos, étnicos, de clase— desfiguraban prácticamente a todas sus sociedades. Los Balcanes y el Imperio Ruso eran dos regiones especialmente violentas del continente. Tras la revolución fallida de 1905 en Rusia, algunas bandas protofascistas, a menudo apoyadas por la policía, se vengaron salvajemente de sus enemigos. En medio de brutales atropellos, los judíos fueron los que se llevaron la peor parte. En octubre de 1905 se denunciaron más de 3.000 asesinatos de hebreos en el curso de 690 pogromos. En Odesa, el más atroz de esos pogromos dejó 800 judíos muertos, 5.000 heridos, y más de 10.000 personas sin hogar. Las represalias contrarrevolucionarias acabaron con la ejecución de 15.000 opositores al régimen zarista. Peor aún era la situación en el Imperio Otomano, que se extendía a lo largo y ancho de casi todo el Oriente Próximo y Medio, gobernado por los turcos desde el siglo xv, aunque en aquellos momentos se hallaba en estado terminal de decadencia. Algunos cálculos indican que más de 80.000 armenios perecieron en el Imperio Otomano entre 1894 y 1896 durante la brutal represión emprendida en tiempos del sultán Abdul-Hamid II. La matanza fue provocada por los temores turcos al resurgimiento del nacionalismo armenio, alimentados entre otras cosas por el descontento económico y los antagonismos de religión y de clase, y contó incluso con la aquiescencia de la policía. Las matanzas de armenios en el Imperio Otomano continuaron esporádicamente. En 1909 fueron asesinadas otras 15.000-20.000 personas más.

Buena parte de la violencia de Europa, sin embargo, fue exportada. Incluso cuando reinaba una paz relativa y aumentaba la prosperidad en el interior, las potencias imperialistas hicieron un uso considerable de la violencia para imponer la continuación de su dominación de los territorios extranjeros y de los pueblos sojuzgados de sus colonias. Cuatro quintas partes del globo eran controladas directa o indirectamente por Gran Bretaña, Francia y Rusia. Allí donde era desafiado el gobierno imperialista, las represalias eran brutales. El káiser Guillermo II había instado a las tropas alemanas a comportarse como los hunos de Atila a la hora de sofocar la rebelión de los Bóxers de 1900 en China. Una fuerza internacional reclutada en los diversos países europeos con intereses personales en la explotación económica de China, junto con tropas estadounidenses y japonesas, cometió atrocidades generalizadas, además de saqueos y violaciones. Según ciertos cálculos, cayeron 100.000 chinos víctimas de las masacres que acompañaron a aquella barbarie.

En algunos territorios coloniales la crueldad no conocía límites. Entre 1885 y 1908 se calcula que diez millones de hombres, mujeres y niños de la población nativa del Congo —de hecho un feudo personal del rey Leopoldo II de Bélgica— fueron asesinados en el curso de las atrocidades sin control perpetradas por sus señores coloniales, que explotaban el país para satisfacer la demanda global de caucho. Los británicos, enzarzados en una cruenta guerra de tres años de duración (1899-1902) para derrotar a los bóeres y establecer su dominio total en Sudáfrica, emplearon una despiadada estrategia de tierra quemada con el fin de acabar con las posesiones del enemigo, y establecieron lo que dio en llamarse «campos de concentración» para internar principalmente a mujeres y niños bóeres. Una cuarta parte de los cerca de 28.000 prisioneros (una buena proporción de ellos menores de dieciséis años) murió en las espantosas condiciones de hacinamiento, falta de higiene y enfermedad reinantes en ellos. Y según ciertos cálculos, en el África Sudoccidental (la actual Namibia) el 80% de los pueblos herero y nama (quizá unas 65.000 personas en total) perdió la vida entre 1904 y 1907. Las tropas coloniales alemanas, en una acción de represalia sistemática por su sublevación contra el gobierno colonial, los acorralaron en el desierto, donde la mayoría pereció de sed y de

hambre. Y muchos más fueron obligados a trabajar hasta la muerte en campos de trabajo en régimen de esclavitud (que los alemanes, adoptando la nomenclatura inglesa, empezaron a llamar «campos de concentración»).

Cuando las tensiones internacionales entre las grandes potencias empezaron a agudizarse, también lo hicieron las presiones a favor del rearme y, de paso, el reconocimiento de que la capacidad destructiva del nuevo armamento desembocaría en una guerra que no había de guardar parecido alguno con nada de lo que se había visto hasta la fecha. El zar de Rusia, Nicolás II, por lo pronto invitó en 1899 a los representantes gubernamentales de veintiséis países a una conferencia en La Haya con el objetivo de preservar la paz y limitar el armamento «a modo de feliz propuesta para el siglo venidero». Los resultados de la conferencia —convenios generales sobre la resolución de las disputas internacionales, derecho bélico y prohibición de determinados tipos de armas por un período de cinco años— no tardaron en revelarse inútiles. Pero hablaban de la conciencia de que la continuación de la era de paz en Europa no podía darse por descontada, y de la incomodidad causada por las capacidades del armamento industrial moderno. Cada vez era mayor la sensación de que evitar no sólo la guerra, sino también los inmensos trastornos políticos y económicos a los que pudiera dar lugar, constituía una tarea urgente. La necesidad de preservar la paz de Europa y de asegurar la continuidad del crecimiento y de la prosperidad económica se propagó con nueva fuerza. Pero los líderes europeos, aunque no dejaron de abrigar esperanzas de paz, siguieron preparándose para la eventualidad de una guerra; y, si en efecto había guerra, para una victoria rápida.

### ¿Resbalón hacia la guerra?

Como es bien sabido, el político británico David Lloyd George escribió, una vez ocurridos los acontecimientos, que en 1914 las naciones de Europa habían «resbalado desde el borde hasta el interior del caldero humeante de la guerra sin el menor rastro de temor ni pesadumbre». El patetismo de esta frase refleja el impulso imparable hacia la

guerra que se impuso durante la última semana del mes de julio de 1914, la sensación de que los acontecimientos estaban absolutamente fuera de control. Pero es un error suponer una despreocupación generalizada y una falta de inquietud por parte de todos. Tampoco habría que dar por supuesto que la guerra, cuando se desencadenó, fue un accidente, un cúmulo de errores trágicos, un resultado que no deseaba nadie, un suceso imprevisto e impredecible. Todo lo contrario; pese a las sinceras esperanzas que abrigaban la mayor parte de los responsables de tomar las decisiones, de que podría evitarse una conflagración generalizada, pese a la confusión, las vacilaciones, las profecías de catástrofe y los miedos sobrevenidos en el último momento, a la hora de la verdad los deseos de guerra se impusieron sobre los deseos de paz. Los líderes de Europa abordaron la perspectiva de la guerra con los ojos perfectamente abiertos.

La frase de Lloyd George comporta además otra connotación, a saber la de que no existió una pulsión de guerra evidente, de que la responsabilidad del desastre fue general, no específica. Da la impresión, desde luego, de que los líderes y los diplomáticos europeos se comportaron colectivamente como borregos corriendo desenfrenadamente hacia el abismo. Y desde luego que hubo malentendidos y que la desconfianza fue generalizada —la personalidad de los principales responsables de tomar las decisiones desempeñó en todo esto un gran papel—, factores ambos que contribuyeron a empujar a las principales potencias de Europa a arrojarse por el precipicio. También es verdad que no hubo una pulsión de guerra evidente en ningún país en concreto, como tampoco la hubo una generación después. Y por supuesto que todas las grandes potencias tuvieron alguna responsabilidad de lo que sucedió. Cuando la crisis se acercaba a su punto de efervescencia, Francia fomentó la postura cada vez más belicosa de Rusia. Gran Bretaña lanzó una serie de mensajes ambiguos, y no supo actuar para apaciguar la situación y no conformarse con los pasos cada vez más peligrosos que se dieron y que culminaron en último término en la guerra. Pero una vez dicho esto, la responsabilidad de los fatídicos pasos dados hacia el estallido de una conflagración europea generalizada no fue compartida por todos en igual medida.

La parte del león de esa responsabilidad recae en aquellas potencias cuyos intereses y ambiciones irreconciliables determinaron en mayor medida el peligro de una guerra generalizada en Europa y cuya política de riesgo durante la crisis se basó en último término en su disposición a hacer uso de su fuerza militar. Cuando se llegó al punto de máxima tensión en julio de 1914, Alemania, el Imperio Austrohúngaro y Rusia habían sido las fuerzas decisivas en la crisis. Y el papel de Alemania fue el más trascendental de todos.

Alemania combinaba su ambición de convertirse en la potencia dominante de la Europa continental con un creciente temor casi paranoico de la ascendencia y hegemonía final de Rusia. Para establecer la primera y evitar la segunda, Alemania estaba dispuesta a arriesgarse a una conflagración general en Europa. El 6 de julio de 1914 Alemania dio una garantía incondicional de apoyo al Imperio Austrohúngaro (el «cheque en blanco», como generalmente se la llama). Se basaba en la suposición de que rápidamente se produciría una acción limitada contra Serbia como castigo por el asesinato del heredero al trono austríaco, el archiduque Francisco Fernando, y su esposa Sofía, perpetrado por los nacionalistas serbios el 28 de junio de 1914 durante una visita de estado a Sarajevo. Pero eso era *sólo* una suposición. La garantía en cuestión no impuso veto alguno a las medidas de represalia que pudiera llevar a cabo Austria, aunque el peligro de un conflicto generalizado y de implicación de las grandes potencias europeas era evidente. El estímulo que dio Alemania al ultimátum de Austria a Serbia, presentado el 23 de julio con el fin premeditado de hacer que su aceptación fuera imposible, fue decisivo para convertir un asunto en un principio localizado en una crisis europea general. El ultimátum exigía que se tomaran medidas contra los mandatarios y los militares serbios relacionados con la trama urdida para llevar a cabo el asesinato, la detención de dos oficiales cuyo nombre se especificaba y la supresión de la propaganda antiaustríaca. Los puntos más irreconciliables con la protección de la soberanía serbia eran las exigencias de que representantes del Imperio Austrohúngaro colaboraran en la investigación de la trama y en la supresión del movimiento subversivo en Serbia.

Austria-Hungría, cuyo control de los Balcanes ponía en peligro la ascendencia serbia en la región y cuyo imperio multinacional se

veía cada vez más amenazado por la desintegración, estaba dispuesta a enzarzar a Europa en una guerra con tal de satisfacer sus propios intereses, pero sólo mientras pudiera contar con el respaldo de Alemania. Los términos deliberadamente inaceptables del ultimátum de Austria a Serbia (desde cuyo territorio la organización terrorista llamada la «Mano Negra» había suministrado las armas para los asesinatos de Sarajevo) fueron presentados con plena conciencia de que era muy probable que Rusia respaldara a los serbios, lo que de nuevo incrementaba muchísimo las probabilidades de una guerra europea generalizada. Y Rusia, ansiosa por impedir la dominación de los Balcanes por parte del Imperio Austrohúngaro (circunstancia que habría supuesto el bloqueo de las ambiciones rusas) respondió precisamente de ese modo, es decir ofreciendo su pleno apoyo a los serbios a sabiendas de que ello hacía más probable la guerra no sólo contra el Imperio Austrohúngaro, sino también contra Alemania; y esa guerra contra Alemania habría atraído irremediablemente a los franceses (pues era bien sabido que los planes de guerra de Alemania preveían golpear a Francia además de Rusia) y, con toda probabilidad, también a los británicos.

La estrategia de alto riesgo seguida por Alemania, el Imperio Austrohúngaro y Rusia —su disposición a intensificar un conflicto esencialmente local, en vez de calmarlo, aunque ello supusiera una guerra europea a gran escala para satisfacer los objetivos de sus respectivas políticas de poder— fue en último término la que causó la catástrofe de 1914. Y de esas tres potencias, como ya señalamos, Alemania tiene una responsabilidad especial. Sin el «cheque en blanco» con el que Alemania le garantizaba su apoyo, el Imperio Austrohúngaro no se habría envalentonado y no habría presentado a Serbia un ultimátum tan inflexible. Y sin la intransigencia agresiva de Austria Rusia no habría concedido su apoyo a Serbia, con todas las consecuencias que comportaba. El «cheque en blanco» fue el desencadenante que hizo que la guerra generalizada en Europa resultara no menos, sino más probable.

En 1914 el equilibrio cada vez más incómodo reinante entre las grandes potencias —Gran Bretaña, Francia, Rusia, Alemania y el Imperio Austrohúngaro—, estrechamente vinculado con una serie de



sistemas de alianzas rivales, seguía manteniéndose, pero sólo a duras penas. Una novedad ominosa a largo plazo, que conduciría al agravamiento de la tensión, había sido la aparición durante la década de 1890 de las ambiciones de Alemania por convertirse en una potencia mundial. El desafío directo iba dirigido contra el estatus de potencia mundial que ostentaba Inglaterra. La rivalidad entre Alemania e Inglaterra se intensificó. Pero en la propia Europa continental una Alemania fuerte (que venía siendo aliada de Austria-Hungría desde 1879 y de Italia desde 1882) constituía la principal amenaza para Francia y Rusia. Ese interés común trajo consigo un acercamiento bastante inverosímil entre estos dos últimos países —uno una república, el otro una monarquía autocrática—, que dio lugar a una alianza firmada en 1894 directamente con el propósito de neutralizar el reto planteado por Alemania. A lo largo de la década sucesiva, la posición de Alemania se había visto reforzada por la resonante derrota de Rusia en 1905 —algo sorprendente para muchos por aquel entonces— a manos de la potencia en ascenso de Extremo Oriente, Japón, que sacudió los cimientos del imperio zarista. La autocracia sólo logró sobrevivir a duras penas a las turbulencias internas que siguieron a aquella derrota. Curiosamente, sin embargo, debido a una gestión económica y política inteligente, los años sucesivos fueron testigos de un verdadero *boom* de Rusia. Con la ayuda en buena parte de préstamos franceses, la economía experimentó un crecimiento impresionante. La reconstrucción militar progresó rapidísimamente. Y las viejas esperanzas de hacerse con el control del Bósforo a expensas del Imperio Otomano en creciente deterioro se reavivaron, favorecidas a su vez por la enorme mejora de las relaciones de Rusia con Gran Bretaña.

Estas dos potencias habían sido tradicionalmente rivales. Inglaterra había mostrado durante mucho tiempo su interés —hasta el punto de propiciar la guerra de Crimea de 1854— por evitar que Rusia dominara los estrechos turcos del Bósforo y los Dardanelos, fundamentales para el control del Mediterráneo y para la entrada en Oriente Medio, y por atajar cualquier amenaza potencial para la importantísima colonia de la India que pudiera provenir de la expansión rusa por Asia central. Pero la debilidad de Rusia tras su derrota a manos de Japón trajo consigo su disposición a llegar a un acuerdo con

Gran Bretaña a través de un convenio firmado en 1907, que estipulaba sus respectivas esferas de influencia en Persia, Afganistán y el Tíbet, las áreas de conflicto potencial. Aquello no afectaba directamente a Alemania, pero indirectamente sí. El acuerdo alcanzado entre Rusia y Gran Bretaña, unido a la anterior alianza franco-rusa y a la Entente Cordial de 1904 entre Francia e Inglaterra (cuyo objetivo directo era el poderío de Alemania), contribuyó a rediseñar la estructura de las políticas de poder en Europa. Alemania y su principal aliado, Austria-Hungría —Italia, que ni siquiera era una gran potencia, aunque sus líderes abrigaban esa pretensión, era un aliado más débil—, se vieron obligadas a hacer frente a la nueva entente recién creada entre Gran Bretaña, Francia y Rusia (bastante curiosa, teniendo en cuenta sus viejas enemistades). Cada vez se hizo más fuerte la sensación existente en Alemania, por lo demás comprensible, de que el Reich estaba rodeado por sus enemigos.

Las alianzas enfrentadas, consideradas por el Foreign Office británico (como más tarde el armamento nuclear) un elemento disuasorio de cualquier agresión, acabaron haciendo que la guerra, cuando estallara, dejara de ser un conflicto localizado y se convirtiera en una conflagración general. Las alianzas, sin embargo, no causaron la guerra. Durante la década anterior ya había habido varias crisis graves, pero no habían desembocado en guerra. La tensión entre las grandes potencias había sido desactivada rápidamente cuando Alemania había desafiado las afirmaciones de poder de Francia en Marruecos en 1905, luego tras la anexión por la fuerza de Bosnia-Herzegovina (que oficialmente seguía formando parte del Imperio Otomano, aunque llevaba siendo ocupada por los austríacos desde hacía treinta años) por parte de Austria en 1908, y de nuevo en 1911, cuando los alemanes provocaron a los franceses con el envío de una cañonera al puerto marroquí de Agadir. Cuando en 1912 estalló la guerra en los Balcanes, zona de inestabilidad crónica, después de que la alianza formada por Serbia, Bulgaria y Grecia (la autoproclamada Liga Balcánica) intentara aprovecharse de la debilidad de los otomanos, seguida de otra guerra al año siguiente entre los propios miembros de la Liga Balcánica, a raíz del ataque de Bulgaria contra Serbia por el reparto de los despojos del primer conflicto, las grandes potencias se encargaron de

que aquel enfrentamiento regional no desembocara en una conflagración generalizada.

Las tensiones entre las grandes potencias, aun así, eran palpables. Las guerras de los Balcanes habían desestabilizado todavía más una región de por sí sumamente inflamable. Antes de que pasara mucho tiempo era más que probable que se produjera otra llamarada. Además, del mismo modo que la influencia otomana en los Balcanes llevaba largo tiempo atenuándose, la otra gran potencia de la región, el Imperio Austrohúngaro, había sido percibida como un agente pasivo y débil durante las dos guerras, aun cuando aparentemente sus propios intereses se habían visto amenazados. Por consiguiente había quedado expuesto a nuevas turbulencias potenciales en los Balcanes. Los líderes rusos, cuyas esperanzas de llegar a controlar un día los estrechos del Bósforo y los Dardanelos y de asegurarse su frontera occidental con la anexión de Galicia (la parte de Polonia que estaba en manos de los austrohúngaros) seguían vivas, tomaron nota de la debilidad de Austria.

La guerra en Europa distaba mucho de ser algo inevitable. Pero nadie estaba dispuesto a asumir riesgos por falta de preparación. Las sospechas mutuas provocaron una rápida escalada de la carrera armamentística. El gasto en defensa de las grandes potencias aumentó drásticamente —un 30% en Alemania, un 50% en Rusia— entre 1911 y 1913. Alemania e Inglaterra invirtieron muchísimos recursos en nuevas flotas de acorazados en la competición que mantenían por la construcción de la armada más formidable. Las dimensiones de los ejércitos de tierra aumentaron enormemente. Cuando los alemanes ampliaron el volumen de su ejército en 1913, los franceses hicieron lo mismo. También los rusos, dolidos todavía por su derrota a manos de los japoneses en 1905, decidieron reconstruir su ejército en 1913 y, como los alemanes temían y sabían que harían, planeaban un nuevo gran incremento del volumen de sus fuerzas. Austria-Hungría se quedó atrás y no estaba bien equipada para intervenir en otra cosa que no fuera una guerra regional. Su cuota de reclutas forzosos había sido fijada en 1889, y la nueva ley aprobada en 1913 con el fin de aumentarla puso de manifiesto que era demasiado tarde para salvar el abismo que separaba su ejército de los de los demás países.